

estais unidos, que os amais, habré realizado el más vehemente deseo de mi vida.

—Yo os prometo, padre mio, dijo Diego, y no solo os lo prometo, sino que os lo juro delante del ministro de Dios, ser para mi hermano lo que deseais que sea.

—Ahora ya he cumplido mi mision. ¡Dios te bendiga, hijo mio! Ven á mis brazos, ven y pidámosle al cielo que nuestra separacion de hoy no sea eterna.

Diego cayó en los brazos de su padre, y fray Juan Perez de Marchena, profundamente conmovido, dió á aquellos dos seres, que se arrodillaron ante él, su bendicion, pidiendo al mismo tiempo al cielo que colmase sus votos, porque eran merecedores de la proteccion divina.

Al dia siguiente partió Diego muy de madrugada, despues de estrechar nuevamente á su padre en sus brazos, y se dirigió con Matías Sampayo á Baeza, en donde pudo ver por la vez primera á su hermano y cumplió los deseos de Colon.

Despues partió á la corte, y no tardaremos en seguirle allí, porque al poco tiempo de su llegada tuvo ocasion de prestar un inmenso servicio al rey don Fernando, pagándole de aquel modo los beneficios que habia dispensado á su padre, y cumpliendo al mismo tiempo los preceptos que éste le habia dado en la celda del prior de la Rábida.

Tranquilo y satisfecho Colon por haber cumplido un deber de conciencia, confiando en Dios, y lleno de fe en su empresa, se dispuso á partir del puerto de Palos, para llevar á cabo el pensamiento más glorioso del siglo XV.

CAPITULO XLV.

Un nuevo personaje.



El dia 1.º de Agosto de 1492 notábase gran animacion en el puerto de Palos.

No solo los Pinzones, que con tanto entusiasmo habian acogido el pensamiento de Colon, y que tan vivos deseos tenian de llevar á cabo con él tan arriesgada empresa, sino los que impresionados por el gran marino habian resuelto acompañarle, mostrábanse animados de un entusiasmo inconcebible entre personas que algunos dias ántes habian llevado su indignacion contra el proyecto que entonces aclamaban, hasta el extremo de conspirar contra la vida de Colon.

Pero éste habia tenido ocasion de hablarles, no solamente de sus proyectos, sino de sus esperanzas.

Les habia indicado las razones en que apoyaba la realizacion de sus planes, y su poderosa y elocuente voz habia conseguido despertar en el gastado corazon de aquellos hombres el sentimiento de la gloria, que es el que convierte á los hombres en héroes.

Ya estaba todo dispuesto.

Las carabelas la *Santa María*, la *Pinta* y la *Niña* se balanceaban suavemente, mecidas por las ondas del mar, y aguardaban á que los valerosos marineros se albergasen en ellas para emprender la marcha y llevarlos al triunfo.

Si para los que debian tomar parte en la expedicion, era aquel dia de júbilo y entusiasmo, para las esposas de los marinos, para los habitantes del pueblo que debian quedarse allí, era de tristeza y de luto.

Admirable era la fe que animaba á las marinos; pero ¿realizarian sus esperanzas?

¿No irian á entregarse á una muerte segura en medio de la soledad del Océano, en donde no pudieran escuchar en los momentos de la agonía las consoladoras palabras de la religion?

¿No podrian al cabo de algun tiempo las amantes esposas convertirse en desgraciadas viudas, en tristes huérfanos los adorados hijos.

No habia más remedio.

El tiempo volaba, y se acercaba uno de los más gloriosos momentos de la historia del mundo.

Colon no habia ocultado, sin embargo, á los que debian acompañarle, los peligros que iban á correr.

Podian muy bien ser infundadas sus conjeturas, y de no serlo, era tambien posible que, al encontrar los países que buscaba, hallasen en su seno poderosos enemigos, con los que tendrian que luchar brazo á brazo, y acaso perecer.

Pero cuanto más difícil presentaba su empresa, cuanto más arriesgada parecia á los ojos de aquellos hombres la aventurera expedicion que iban á emprender, mayor era el denuedo y el entusiasmo de su alma; porque en los pechos españoles las dificultades, los obstáculos, son un poderoso incentivo, y desafiar el peligro es uno de los mayores goces de los que han nacido bajo el hermoso cielo de nuestra patria.

Colon no habia ocultado á sus compañeros el generoso sentimiento que le impulsaba á llevar á cabo su empresa: la propagacion de la fe cristiana.

Es necesario, dijo á sus amigos, que al confiar nuestra vida

al proceloso mar, seguros del amparo de la Providencia, llevemos nuestras almas limpias de todo pecado.

Antes de partir oiremos todos una misa, y para oirla, habremos confesado y comulgado.

Para dar el ejemplo, al dia siguiente confesó con el prior de la Rábida.

Aunque hacia mucho tiempo que no tenia noticias de su familia, sabia, sin embargo, que vivian dos hermanos suyos, Bartolomé y Diego, y á pesar de las vicitudes por que habia pasado, no se habia borrado su recuerdo de su memoria.

Podia muy bien suceder que despues de realizar sus propósitos, ó en lucha, ó por efecto de una enfermedad perdiese la vida, quedando á sus hijos, y sobre todo, á Diego que era el mayor, el derecho que correspondia á su padre de los descubrimientos.

—Si la fortuna me favorece en mis deseos, dijo á fray Juan Perez de Marchena, y al mismo tiempo la desgracia me priva de disfrutar el premio de mi empresa, sed siempre un buen consejero para mi hijo; fomentad en su alma el cariño que yo he sembrado para su hermano, y sobre todo, haced que no se olvide de sus tíos, que no han de estar en buena posicion y necesitarán de su auxilio.

Hechas estas recomendaciones, escribió varias cartas.

Una á fray Pedro Antunez, otra al arzobispo de Toledo y otra á Santangel.

Terminada esta tarea, pasó la noche del dia 1.º de Agosto, conversando con el prior, con Martin Alonso Pinzon, y con el médico Fernandez.

—Bien sé, les dijo, cuál es el rumbo que debo tomar, y aunque de poca consistencia las embarcaciones de que puedo disponer, me agradan en extremo, porque la pequeñez de sus cascos es ventajosa en los viajes de exploracion, toda vez que,

gracias á esta circunstancia, puedo con ellas acercarme á los rios y calar en los puertos más pequeños. Pero de cualquier modo, el viaje que voy á emprender está lleno de aventuras, y yo deseo no olvidar ningun dato, no desperdiciar ningun descubrimiento, para que, los reyes mis señores, puedan saber detalladamente todo lo que nos ha pasado.

—La idea es excelente, dijo el superior del convento.

—Yo haría una memoria; pero aglomerando en ella los sucesos, no será tan fácil comprender las peripecias de nuestro viaje.

—¿Por qué no haceis un diario de vuestras impresiones, dijo el médico Fernandez á Colon.

—Esa proposicion me parece oportuna.

—Apuntando todas las noches lo que veais durante el dia, lo que os suceda en el viaje, conseguís vuestro objeto.

—Repito que es una idea excelente, y he de ponerla en práctica.

Gracias á esta idea, aceptada de buen grado por Cristóbal Colon, conservamos hoy un diario detalladísimo de todas las impresiones del ilustre marino en su primero y célebre viaje; dándonos á conocer, no solo los caracteres y los datos de los hombres que le acompañaban, sino los sentimientos y las ideas de Colon, y la descripción completa de todo cuanto vieron sus ojos en aquella epopeya en la que verdaderamente desempeñó el papel de héroe.

Serian las nueve de la noche.

Ya se habian retirado los amigos de Colon que habitaban en Palos y los monjes se habian recogido, cuando un jóven, cubierto con un tabardo, llamó á las puertas del convento y manifestó vivos deseos de ver á Colon.

—¿Quién sois, hermano? le dijo el lego portero del convento.

—Uno de los que deben acompañar á Colon en su viaje, y necesito verle porque tengo que comunicarle órdenes secretas.

El lego entró en la celda que ocupaba el marino, y le sorprendió porque estaba sentado sobre un sillón con la cabeza apoyada en las manos, meditando en la empresa que al dia siguiente iba á empezar á acometer.

—¿Qué queris, hermano portero? dijo al lego.

—Acaba de llegar un jóven que desea hablaros.

—¿Quién es?

—No ha dicho su nombre.

—¿Y qué objeto le guía hasta aquí?

—Me ha indicado que es uno de los que deben acompañaros en la expedicion, y que desea comunicaros órdenes secretas.

—¿Ordenes secretas? ¿De dónde? ¿Vos no le conoceis?

—No, y eso que conozco á casi todos los que deben acompañaros, porque son muy señalados todos y yo soy buen fisonomista.

—Haced que pase.

El portero se retiró, y volvió á poco con el jóven que deseaba ver al ilustre marino.

—¿Puedo saber, dijo Colon al recién llegado, cuál es el objeto de vuestra venida?

—Tengo que hablaros á solas, dijo el jóven.

Y se desembozó, mostrando un rostro que á lo sumo representaba de diez y seis á diez y siete años.

Todavía no apuntaba el bozo sobre su labio superior.

Colon hizo una seña al portero para que le dejase solo con el recién llegado, y mostrando un taburete al jóven:

—Hablad, le dijo.

—Vais à partir á un viaje muy largo. O un triunfo glorioso.

so ó una muerte horrible han de ser, por fuerza, el resultado de tan arriesgada empresa.

Yo soy jóven, huérfano, vivo desesperado, y he tomado un pretexto para acercarme á vos; he dicho que era uno de los que estaban alistados para seguiros y que traía órdenes secretas que comunicaros. Esto no ha sido más que un ardid para llegar á vuestra presencia, y una vez en ella os pido mil perdones por mi atrevimiento, y os suplico encarecidamente que me lleveis á vuestro lado.

—¿Sabeis lo que deseais, jóven? dijo Colon, mirando con asombro á aquel niño que demostraba en su voz y en sus maneras la mayor sinceridad.

—Sí; sé que puedo á vuestro lado conquistar inmarcesible gloria para mi oscuro nombre, ó perecer con vos.

Sin recursos, sin amparo, con un corazon que comprende todo lo grande, todo lo generoso, he creído que hallaria compasion en vuestra alma, y por eso he venido.

—Yo admiro tanto ardimiento y una energía de carácter tan grande en un jóven como vos; pero no puedo aceptar vuestros servicios: es de todo punto imposible que me acompañeis.

—¡Oh! ¡por piedad! no me arrebatéis esta esperanza que me sostiene. Yo necesito á toda costa acompañaros.

—Reflexionad un instante acerca de los peligros que os exponéis á correr, y contentaos con que yo estreche vuestra mano, y despues de felicitaros por las nobles cualidades que revelan vuestras palabras, os despida, deseando hallaros á mi vuelta, para poder seros útil en algo.

Cuantos ruegos empleó el jóven para obtener de Colon la gracia que esperaba, fueron inútiles.

—Pues bien, dijo sin perder la esperanza, yo confio en que cuando sepáis el secreto que aquí me trae os apiadareis

de mí. Miradme bien: no soy lo que parezco: soy una mujer desdichada que implora vuestra proteccion para que le ayudeis con ella á castigar al hombre infame que ha labrado mi eterna deshonra.

Inmenso fué el asombro de Colon al oír la inesperada declaracion de aquella mujer que con aquel disfraz se habia presentado à su vista.

—Explicaos, dijo.

—Sí; yo estoy dispuesta á abrir mi corazon, á confiaros mi secreto, á revelaros mis desventuras. Oid: hace poco llegó al puerto de Palos un caballero de Sevilla, llamado don Alonso Velez de Mendoza.

—En efecto, es uno de los que voluntariamente se prestan á seguirme.

—Ese hombre es un infame.

—¿Qué decís?

—Sí; un infame, porque infame es el hombre que abusando de la inocencia de una mujer que abre su corazon á la vida, arroja en su alma el veneno del desengaño y del olvido.

Mi padre era un honrado mercader de Sevilla. A los pocos años de nacer yo murió mi madre, y el autor de mis dias se consagró á hacer mi felicidad. Nada me faltaba á su lado; todo me sonreía; podia considerarme como una de las mujeres más dichosas del mundo. Pero, ¡ay! conocí á ese hombre, tendióme una red con sus halagos, se apoderó por completo de mi corazon, yo fuí débil, culpable. Faltando á mi deber y á la lealtad que debía á mi padre, le abrí una noche las puertas de mi casa, y en ella estaba, cuando sorprendido por el autor de mis dias, apagó la luz de la habitacion en que estábamos, y sacando su espada para defenderse, luchó con él y le mató en la lucha.

Todavía me parece escuchar la voz de mi anciano padre, maldiciéndome en su agonía.

—¿Y vuestro amante que hizo?

—Cogiéndome de una mano, me sacó de la habitación en donde estábamos, me llevó á la calle y me condujo á una casa en donde habia una mujer ya vieja, que me recibió con una sonrisa diabólica.

—«Aquí estamos en salvo, me dijo mi amante. Te he robado la existencia de tu padre: yo te juro consagrarte la mia. La desgracia ha clavado mi acero en su corazón: yo seré para tí, á un mismo tiempo, padre y esposo. Quédate aquí; yo voy á huir, porque la justicia no tardará en averiguar que he sido el autor de ese crimen, y me perseguirá. Espérame: yo te ofrezco que dentro de un año vendré á buscarte para enlazarnos y cumplir la promesa que acabo de hacerte.»

Como si esto no fuera bastante, prestó un solemne juramento, y le ví partir con lágrimas en los ojos, pero consolé mi desventura con la esperanza de su vuelta.

—¿Y volvió?

—¡Ah, si supierais! Aquel miserable no solamente habia muerto á mi padre, no solamente me habia hecho desgraciada para toda la vida, sino que habia realizado un plan que sus interesadas miras le habian inspirado, y se proponia llevar á cabo algun tiempo despues de la desgraciada muerte del autor de mis dias.

La casa donde me habia llevado era de una mujer que comerciaba con el vicio.

En ella se daban cita los señores para encontrar mancebas, y aquella infame mujer tenia trato con los jóvenes más pervertidos de la ciudad con el objeto de que les llevara á sus amadas, tanto para librarse de ellas despues de seducirlas, como para conseguir, por el precio que por aquella miserable acción la daban á aquella infame mujer, el medio de sostener sus vicios.

—¡Qué horror! exclamó Colon, escuchando con interes y al mismo tiempo con indignacion, el relato de aquella pobre jóven,

Hubo una breve pausa.

La jóven prosiguió despues de enjugar las lágrimas que asomaban á sus ojos:

—«Cuando me dí cuenta del sitio donde estaba quise huir.

—«Es inútil que te resistas á mis deseos, dijo la infame bruja, has huido de la casa de tu padre en el momento en que acababa de morir asesinado.

«Eres una cómplice de su muerte, y si sales de aquí irás á parar á manos de la justicia, la cual, ántes de hacerte pagar con tu vida la de tu padre, te sacará á la vergüenza, y serás el escarnio y el ludibrio de las gentes.»

Nada más cierto que lo que me auguraba la inicua cómplice de mi amante.

Y, sin embargo, yo estaba resuelta á morir ántes que ceder á las infames proposiciones que me hacia.

Me sentí enferma, muy enferma, porque comprendí la realidad de mi posición.

No tuve valor para atentar á mi vida, pero sí para huir de aquella horrible guarida.

Aproveché un momento oportuno, y despues de averiguar que la puerta falsa de la casa daba al campo, burlando la vigilancia de mi guardadora, me escapé de su casa y pedí auxilio á unas gitanas que se albergaban en una cueva próxima.

Estas comprendieron la infame acción de que habia sido víctima, se interesaron por mí y prometieron ayudarme á realizar mi venganza.

Ocupada con ellas en las labores del campo, no tardó en tostarse mi rostro, vestí su traje, procuré asimilarme en todo á ellas, y me atreví á ir en su compañía á la ciudad, para sa-

ber dónde podría encontrar al infame seductor y tomar venganza de él.

Temeroso éste de que la justicia se apoderase de él, por haber dado muerte á mi padre, habia huido, y las gentes murmuraban que yo le habia acompañado.

—¿De modo que no pudisteis verle?

—No; era de todo punto imposible averiguar su paradero; pero necesitaba hallarle á toda costa, y cuando emprendieron unas gitanas un viaje por algunas de las poblaciones más importantes de España, las acompañé, encaminándome desde luego á la corte, que estaba en Valladolid.

Allí una piadosa señora se compadeció de mi desgracia, comprendió que mi existencia ocultaba un poderoso secreto, y quiso protegerme.

Yo pagué sus bondades con una completa revelacion de mi historia, y separándome de las gitanas, á quienes acompañaba, me ofreció un asilo ignorado en su casa.

Allí he vivido algun tiempo; allí he devorado en silencio las lágrimas ardientes de mi corazón; allí, perdonad que os lo diga, he jurado vengarme de ese hombre que ha causado mi desventura para siempre.

—¿Y habeis sabido que estaba en Palos?

—Sí.

—¿De qué manera?

—Escuchando una conversacion en Córdoba, adonde llegué con mis protectores, un caballero sevillano pronunció los nombres de todos los que de aquella ciudad debian acompañaros en la expedicion, escuché el de mi verdugo, y disfrazándome con este traje, vine resuelta á pedirlos que me llevaseis á vuestro lado, más que por otra cosa, por hallarme en su presencia, por espíarle, por aguardar el momento oportuno de hacerle sufrir todo lo que por él he padecido.

—¿Y os parece bien abrigar semejante pensamiento?

—¡Ah! soy muy desgraciada.

—La misma desgracia que sufrís debe inspiraros la piedad.

—¿Sabeis lo que es hacer creer á una mujer que se la adora, y abandonarla tan inicuaamente como yo fuí abandonada?

¿Sabeis lo que es recibir del hombre en quien se ha depositado toda la confianza, á quien se ha entregado todo el corazón, recibir en pago el escarnio, el ludibrio?

¡Ah! no; esto no puede perdonarse nunca.

Ya veis que he tenido confianza en vos, que os he revelado mi secreto. Sed justo, ayudadme á castigar al inicuo que ni con la vida puede pagar la ofensa que me ha hecho.

El no me reconocerá: el tiempo y las lágrimas que han surcado por mis mejillas han cambiado mi fisonomía.

—Pues bien, despues de haberos oido, dijo Colon, con más motivo que nunca, os niego la gracia que me pedís y me atrevo á suplicaros que desistais de vuestro empeño.

Es cierto que sois digna de compasion, que habeis sufrido mucho, que vuestro infame seductor merece ser castigado. Confíad su castigo á la Providencia: no sois vos quien debe hacérsele sufrir. Volveos al lado de vuestros protectores y aguardad en el retiro, en la soledad, en la expiacion, porque tambien vos habeis pecado, à que se cumplan los designios de la Providencia.

—¿Es decir que no teneis piedad de mí!

—Porque me inspirais lástima os doy este consejo.

—Bien está; adios para siempre.

—¿Vais resuelta á seguir mi consejo?

—Sí, dijo la jóven distraida, porque llenaba toda su mente un pensamiento que acababa de concebir.

—Tened presente, dijo Colon, que si hicieseis algo para vengaros, seria inútil. Ese hombre á quien perseguís, por cri-

minal que sea, se halla hoy bajo mi amparo, bajo mi protección, y sabré defenderle.

—No temais, dijo la jóven, con una calma siniestra.

—Aun haré más por vos, dijo Colon; no olvidaré el secreto que me habeis revelado, y yo os juro que si ese hombre tiene algun sentimiento generoso, os pagará algun dia la deuda que ha contraido con vos.

La jóven quiso retirarse, pero Colon temeroso de que cometiese algun atentado, pidió al portero del convento que la aposentase en una de las celdas que habia siempre preparadas para los viajeros que tenian que hacer noche en el monasterio.

La jóven, sin descubrirse ante el lego portero, manifestó su gratitud á Colon, estrechando su mano, y partió.

—No le dejéis solo, dijo Colon al lego.

—No tenga cuidado vuestra merced. No partirá hasta que me deis órden para que le deje salir.

Y abriendo una de las celdas del piso bajo, dejó allí al viajero.

Colon se habia compadecido de aquella infeliz, y se habia propuesto llamar al dia siguiente muy temprano á don Alonso Velez de Mendoza, para saber hasta qué punto era cierta la ofensa que la habia inferido, y evocar en su alma los buenos sentimientos.

Hízolo así en efecto, y don Alonso Velez no tardó en hallarse en su presencia.

Sin decir nada á fray Juan Perez de Marchena, preguntó Colon al lego portero si habia salido el jóven del monasterio.

—Aún no; duerme en su celda, contestó.

Y Colon quedó solo en un aposento con el amante de Isabel Montegudo, que así se llamaba la jóven que disfrazada habia llegado á su presencia y le habia revelado tan doloroso secreto.

CAPITULO XLVI.

Ferfidia y generosidad.



ALONSO Velez de Mendoza era un hombre de treinta y cuatro á treinta y seis años, y habia llamado la atención de Colon, porque era uno de los que con más entusiasmo se habian prestado á seguirle.

Como no habia mucha gente de quien echar mano, al hacer el alistamiento no se habian preguntado antecedentes.

Así es que al lado de un hombre de bien iban á cruzar la inmensidad de los mares muchos que, sin aquella circunstancia, hubieran pasado su vida remando en las galeras, ó hubieran tenido que perecer de una manera afrentosa.

Sin embargo, Alonso Velez de Mendoza habia parecido, desde el principio, á Colon y á los Pinzones, un hombre superior á sus demas compañeros.

Su porte demostraba que habia nacido en el seno de una buena familia, y la amabilidad de su trato, la experiencia de las cosas de la vida, que demostraba en sus palabras, los conocimientos generales que poseia, habian conseguido que los jefes de la expedicion le distinguieran desde el primer momento.

Colon se habia fijado en él, pero no sabia su nombre.

Grande fué su asombro, por lo tanto, al ver que despues de mandar buscar á Alonso Velez de Mendoza, se presentó á su vista aquel hombre que bajo tan favorables auspicios habia sido alistado.